

LAS 10 PREGUNTAS

J.P. Zooney: el escritor misterioso

Un libro sobre el cuerpo humano fue lo primero que leyó, y allí encuentra ahora una contundente metáfora. Elige a un filósofo como su autor favorito y confiesa que no pudo terminar de leer un libro de Christopher Sandford. A continuación, un repaso por su camino como lector y su único ritual a la hora de escribir.

Zooney nació en 1973. Vive en Buenos Aires. “Evidente seudónimo con aroma a Salinger”, escribió Beatriz Sarlo cuando J.P. Zooney publicó su primera novela, *Sol artificial*, en 2009. Se trata de un libro muy breve compuesto por 12 textos de géneros diferentes: una carta, entrevistas, ensayos universitarios, piezas humorísticas y relatos. Esta misteriosa primera obra fue recibida como una pequeña sorpresa entre la crítica argentina. J.P. Zooney estudió Comunicación en la UBA, pero no ejerce el periodismo. Este año publicó su segunda novela, *Los electrocutados*, por la editorial española Alpha Decay, que publica a otros argentinos como Fabián Casas y Pola Oloixarac. El protagonista de su última novela es un profesor universitario que busca escuchar lo que el sistema solar quiere decirle a la humanidad.

—¿Cuál es el primer libro que recuerda haber leído?

—Recuerdo que era un libro de ciencia, con texto y dibujos acerca del funcionamiento del cuerpo humano. La metáfora general consistía en el cuerpo como fábrica. Cada parte cumplía una función, así los dientes eran hombrecillos que molían el alimento, una vez molido el combustible se deslizaba hacia el estómago, que era una caldera que distribuía energía por el resto de los órganos. Se entendía que el producto de aquella fábrica era la mierda. Una definición de la humanidad. Y del capitalismo.

—¿Cuál es su autor favorito vivo?

—El filósofo Peter Sloterdijk. El cree que la vida consiste en un lenguaje genético común a todos los seres. La vida humana tiene continuidad con la vida animal y vegetal. Nuestro cuerpo está compuesto por los mismos cuatro nucleótidos que el cuerpo de un mono, una orquídea o un hipocampo. Si maltratamos a otra parte del lenguaje vital, es a nosotros a quien maltratamos; se desprende de aquí una idea científica de la piedad. La metáfora de la vida es la música. Así pensada, la vida del planeta es una compleja sinfonía hecha de notas genéticas. La extinción o deterioro de una especie provoca un sonido hiriente, un chirrido enloquecedor. A la humanidad hace tiempo le sangra el oído.

—¿Qué libro se llevaría a una isla desierta?

MALENA SANCHEZ MOCCERO

—Cosmos, de Carl Sagan.

—¿Cuál es el último libro que leyó o qué está leyendo en este momento?

—*La generación post-alfa*, de Franco Berardi. El libro dice que el medio ambiente se ha transformado violentamente en los últimos decenios. No se trata de un medio ambiente natural, sino tecnológico: de conectividad, de información y sobreestimulación. Esto forzaría a la humanidad a dar un nuevo salto evolutivo. Tal vez logre fundir sus órganos con las nuevas tecnologías y llegue a ser ciborg. Mientras esto no suceda, se multiplicarán las “patologías”, los síntomas de inadaptación al nuevo entorno.

—¿Qué libro reciente no pudo terminar de leer?

—*Bowie, amando al extraterrestre*, de Christopher Sandford.

—¿Qué libro quisiera releer pronto?

—*Seymour: Una introducción*, de J.D. Salinger.

—¿Cuándo escribe?

—A la tarde, después de las 18.

—¿Quién debería ser el próximo Nobel?

—No sé.

—¿Cuáles son sus rituales o supersticiones a la hora de escribir?

—La música es el ritual. En el momento de escribir escucho de fondo, durante meses, siempre el mismo disco, y en repetición, hasta que —aunque suene— ya no lo escucho, entonces estoy escribiendo el hueso.

—¿Cuál es su comienzo favorito de la literatura universal?

—“En algún apartado rincón del universo centelleante, desparramado en innumerables sistemas solares, hubo una vez un astro en el que animales inteligentes inventaron el conocimiento. Fue el minuto más altanero y falaz de la ‘Historia Universal’: pero, a fin de cuentas, sólo un minuto. Tras breves respiraciones de la naturaleza el astro se heló y los animales inteligentes hubieron de perecer. Alguien podría inventar una fábula semejante...” (Friedrich Nietzsche en 1873, *Sobre verdad y mentira en el sentido extramoral*). Buena parte de la ciencia ficción posterior a Hiroshima inventó una fábula semejante. n



CULTURA INUTIL

Muerte de modelos

RAUL H. ALVAREZ

La idealización que hace la gente de la vida de los modelos es posiblemente la causa del gran impacto que provoca la noticia de que alguien de esa profesión muera inesperadamente en plena juventud. Cuando aún se recuerda el brutal asesinato de Diego Rodríguez, que modelaba la ropa interior Dufour, y que en octubre de 2010 recibió un disparo en la cabeza de unos delincuentes que quisieron robarle su camioneta, nos conmovimos con el caso de Jazmín de Grazia, la modelo que apareció ahogada en la bañera de su departamento.

La Argentina registra varios casos de modelos que dejaron este mundo en plena juventud. El cáncer se llevó a Nené Morales, a Alejandro Cutzarida y a Patricia

Miccio. Uno de los casos más trágicos fue el de Marianne Erize, que en 1976, a los 22 años, pasó a integrar la lista de desaparecidos durante la dictadura militar.

En los Estados Unidos hubo varios casos famosos. La modelo Margaux Hemingway (foto),



que saltó a la fama con la publicidad del perfume Babe de Fabergé, se suicidó el 1º de julio de 1996, a los 42 años, de una sobredosis de fenobarbital, justo un día antes del aniversario del suicidio de su abuelo, Ernest Hemingway. Dorothy Stratten, que fue lámina central de la revista *Playboy*, en 1980 fue asesinada por su novio cuando sospechó que ella tenía una relación con Peter Bogdanovich, el director de una película en la que ella participó titulada (acaso fatalmente) *Nuestros amores tramposos*. Jon-Erik Hexum, un modelo norteamericano que protagonizó las series de televisión *Viajeros* y *Modelo masculino*, cuando en octubre de 1984 estaba filmando la serie *Cover Up* disparó un revólver contra su sien, y aunque el arma tenía balas de fogueo, la corta distancia del disparo le dañó el cerebro y luego de unos días de agonía falleció. Bettina, la top model más famosa de los años 50, estuvo al borde de la muerte en 1960 en un choque en París cuando viajaba con su novio, el Ali Khan. El príncipe murió y le dejó un legado de US\$ 280 mil. Ella sobrevivió milagrosamente y aunque perdió su embarazo y quedó con el imborrable recuerdo del accidente pudo sobreponerse y dedicarse a escribir sus memorias. n

FUERA DE CUADRO

El pintor de Dios

LAURA ISOLA

“No pinto para los hombres sino para Dios”, dice en un momento el personaje de Andrei Rublev (¿1360?-¿1430?), el gran pintor de íconos religiosos rusos, en la película de Andrei Tarkovski de 1966. Dice eso cuando su crisis llega al extremo de eternizar el blanco en las paredes y hacer votos de silencio porque no puede pintar. Un silencio y un vacío de colores y formas que terminarán cuando el mensaje divino llegue desde lo alto, ese instante solitario de inspiración suprema. Este conflicto espiritual no se deja ver en su obra: parece que Andrei Rublev sólo pintó cuando estuvo preparado, decidido. Eso se nota en la ausencia de sombras —sólo el color se oscurece para hacer resaltar al que tiene al lado—, la luminosidad

y brillo de su paleta y la flexibilidad de sus composiciones. En *La Trinidad*, el ícono más famoso, se ve cómo todo está sometido a la idea única y también la ausencia de detalles excesivos. Si bien Dionissi (1440-1508) es el sucesor de Rublev e intenta mantener la religiosidad, hay algo que se irá desarrollando a partir de mediados del siglo XV: el tratamiento profano de los temas religiosos, una característica de la época, su huella digital. Aparecerá en el arte posterior a este siglo la predilección por lo elegante y lo ornamental. La pasión por la divinidad, ahora está puesta en el dibujo y las escalas cromáticas. O tal vez, sin desmerecer a esta magnífica época, el elegido de Dios fue uno solo: el mismísimo Andrei Rublev. n



RUBLEV. Ausencia de detalles excesivos.